

El trabajo del científico social en la cultura

Ana Vera Estrada

Investigadora. Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello (ICIC).

Recientemente buscaba una lectura complementaria que sugerir a mis alumnos para explicarles la conexión entre el relato oral, la historia como proceso y la necesidad de reescribir los testimonios antes de ofrecerlos al lector, cuando un título atrajo mi atención: «Las Ciencias sociales y la vida real».¹ De inmediato recordé mi último trabajo, por aquellos días entregado a un amigo para que valorara la presencia en él de un fragmento que titulé «Las vivencias como datos», donde intentaba demostrar cómo cuando falta información, es posible encontrarla donde menos se espera, si se tienen ojos para ver.

El artículo citado criticaba manquedades de la sociología mexicana desde un punto de la geografía de su país localizado fuera de la capital. (Pronto se verá la pertinencia de este detalle.) En él se partía de la supuesta indefinición de un oficio —el de científico social— sometido a tres vasallajes: el servicio a la sociedad, la obediencia a la política institucional y los parámetros de excelencia dentro de la disciplina, que lo hacen diferente de otros profesionales, en tanto está potencialmente «entrenado en una esfera del saber que lo habilita para descifrar y hacer comprensibles los mecanismos mediante los cuales se reproducen y

cambian las comunidades, las instituciones sociales, las organizaciones, los grupos, las movilizaciones, la vida cotidiana de los colectivos humanos».² De ello se desprende la responsabilidad del científico social ante la eficacia del conocimiento construido, capaz de convertir su trabajo en acción social sin sacrificar el aspecto lúdico de la creación científica.

Por tales caminos discurría el pensamiento cuando buscaba en la antropología, la historia y la sociología un modo de escapar a las fronteras de una formación académica demasiado rígida para asumir con responsabilidad la investigación científica en el ámbito de la cultura, donde por los años 80 se comenzaba a explorar funciones y contenidos y se confiaba ingenuamente en una inmediata y directa aplicación de los resultados científicos en la práctica social. Ellas conformaron lo que luego he llamado una «perspectiva antropológica», imprescindible para encontrar espacio en la «interdisciplina» desde donde retornar a la caja de herramientas fundacional, con perspectiva enriquecida. El término «interdisciplina» forma parte de los discursos de la ciencia desde mediados del siglo xx, y Norbert Elias lo consideraba

una necesidad para el desarrollo de la investigación social:

Para dar respuesta a los problemas que han ido apareciendo a lo largo de la investigación, será necesaria la reflexión de muchas personas y la cooperación de diversas ramas del saber que hoy se encuentran separadas por barreras artificiales; entre estas deben contarse la psicología, la etnología o la antropología, no menos que la sociología o las distintas ramas especializadas en la investigación histórica.³

La interdisciplina es un recurso metodológico de los científicos sociales para una comprensión sistémica de la vida en las sociedades contemporáneas. En esta perspectiva, el trabajo de campo se considera «crisol de disciplinas» centrado en el sujeto, según la expresión de Juan José Castillo,⁴ el lugar donde las ciencias sociales confluyen y escapan de sus marcos académicos respectivos, aunque no haya que absolutizar su importancia.⁵ Y en ese mundo donde el sujeto que conoce, reclama y ocupa un espacio de reflexividad para exponer su experiencia, la historia de vida es una técnica indispensable. Luis J. Galindo Cáceres define su atractivo de la siguiente manera:

Lo que acontece en el interior de un indagador cuando decide practicar en la historia de vida puede ser muy variado; existen formas más generales, también actitudes particulares. Todo proviene de alguna parte, se configura en cierto marco que dispone e impulsa a una opción en una valoración respecto a otras. Ese marco es amplio y abarca la complejidad configurada del sujeto, sobre esto puede avanzarse mucho aprendiendo inmensidades sobre la condición humana contemporánea, sobre todo la del científico social. Visto de este modo, las proposiciones de un proyecto de comprensión social no pueden ser más atractivas.⁶

Sobre la expresión

Hace varios años comencé a trabajar con relatos orales. La recepción de testimonios y la creación de documentos históricos a partir de vivencias de testigos comunes que hablan sobre procesos de la esfera cotidiana, donde falta la documentación escrita, es parte importante de la base empírica sobre la que se sustenta este ensayo, donde me propongo argumentar sobre el significado de la reflexión del investigador en tanto sujeto que investiga y sufre transformaciones durante la práctica investigativa, las cuales contribuyen a prepararlo para elegir la forma de presentación de los resultados.

En un artículo científico, el tono coloquial puede prestarse a confusión. Sin embargo, está estrechamente conectado con el «desde dónde» se escribe. La reflexión de Pierre Bourdieu acerca de la importancia del lugar del sujeto en su campo científico permite una asociación de ideas:

Solo comprendemos verdaderamente lo que dice o hace un agente comprometido en un campo si estamos en condiciones de referirnos a la posición que ocupa en ese campo, si sabemos «desde dónde habla» [...] en vez de conformarnos con remitirnos al lugar que supuestamente ocupa en el espacio social, a lo que la tradición marxista llama su condición de clase.⁷

Volviendo al tono testimonial, la exposición de experiencias de la vida personal en un contexto de construcción social desde la dimensión cultural⁸ es un tema que justifica cualquier empeño de esta clase, y hacerlo desde la ciencia social es hartamente comprometido, como de hecho muestran ejemplos recientes en la literatura feminista cubana.⁹ En un contexto científico mundial en que se habla del «retorno del sujeto»¹⁰ como rasgo distintivo de la ciencia social reclamada por el mundo contemporáneo, llama la atención su escasez en la bibliografía cubana, caracterizada muchas veces por una impersonalidad que tributa a lo menos creativo de la tradición marxista y de la sociología occidental. El comentario del filósofo Fernando Martínez Heredia en un libro de título emblemático, *En el horno de los noventa*, podría contribuir a un primer ensayo de explicación:

En la situación de 1994 tenemos demasiadas desventajas en cuanto al marxismo. Me veo obligado a repetir que existe un profundo desgaste, incluso moral, del marxismo, y no solo una crisis, lo que dificulta cualquier recuperación crítica y facilita la tendencia a, simplemente, abandonarlo. Tres circunstancias agravantes: el viejo aparato productor de ideología del tipo «marxista-leninista» sobrevive aún; los que están llamados a renovar y a producir pensamiento social tienen debilidades en su formación teórica y dificultades en establecer su pertenencia ideológica; la grave insuficiencia de las respuestas políticas y culturales que se han dado a la profunda crisis y la transición económica del país, abiertas desde 1992, y a las constelaciones sociales y culturales que las nuevas relaciones económicas están difundiendo.¹¹

El estilo de escritura es otro gran tema para un científico social, no solo el qué, cuándo y dónde decir, sino sobre todo el cómo. La crítica a los prejuicios contra ciertos modos de expresión es el motivo subyacente en el siguiente fragmento del ensayista Rafael Hernández:

El discurso «políticamente correcto» —curioso término que traspasa las fronteras ideológicas— suele acompañarse de un léxico, una semántica y hasta una sintaxis, que se fijan como códigos no escritos, pero estrictamente diferenciables. Las normas en este campo pueden tener vocaciones tan inflexibles como las reglas de la gramática. El uso de términos ajenos al código promueve el mismo acto reflejo que una falta de ortografía o un error de puntuación. Esta reacción no se reduce forzosamente, sin embargo, a un razonamiento ideológico o político: en el fondo, consiste en una predisposición cultural, que identifica la norma con una contraseña, indicadora del tránsito por un terreno conocido y seguro. En cambio,

la desviación viene a resultar ignota, ajena, insegura, equívoca —o sea, sospechosa y poco confiable.¹²

Por otra parte, lo que escribe quien se apoya en testimonios orales puede parecer más cercano a la literatura que a la ciencia. Galindo Cáceres se refiere al valor de este tipo de escritura científica cuando expresa:

La heurística es abierta, busca indagar de un modo más libre (que el positivismo). En cierto sentido es la base de la ciencia y su continuación. Es menos evidente en todas sus operaciones, respeta la intuición. Supone un ejercicio de creatividad semejante al arte. Es la que ensaya los nuevos caminos. Es un explorador constante [...] El reto básico es la creatividad [...] La investigación es un proceso de creatividad reflexivo [...] El investigador es un [...] observador que nunca pierde detalle de lo que le sucede a su interior y de lo que acontece en su exterior.¹³

El novelista Honorato de Balzac recomendaba a sus discípulos nunca tomarse a sí mismos como objeto de observación, lo cual no equivalía a renunciar a sus observaciones como fuente de información, pues de hecho con la vocación realista que lo caracterizó, hizo uso sistemático de su experiencia vital para lograr —como reconoció el propio Marx en su momento— el más impactante retrato de la sociedad francesa de mediados del siglo XIX, antes incluso de que apareciera la Sociología como ciencia.

Es esta visión reflexiva, más que subjetiva, la que se expone en el ejemplo tratado a continuación, ya que para estudiar la cultura azucarera desde la dimensión familiar, no abundan las fuentes escritas, de modo que las vivencias colectadas en el trabajo de terreno y tratadas como datos objetivables han sido incorporadas y analizadas. Los datos fundamentales provienen de veintinueve testimonios recogidos en un pequeño central de una de las provincias occidentales de la Isla, del cuaderno de notas de campo y de conversaciones informales con varios pobladores del central. La información para construir el contexto proviene de obras y artículos especializados en temas de historia de la industria azucarera, economía, producción cooperativa y otros materiales publicados en el periódico *Granma* entre enero de 2002 y diciembre de 2005, así como de notas tomadas en debates desarrollados en diferentes espacios académicos.

La ética del investigador, el problema universal del azúcar y la restructuración

Los problemas que enfrenta un investigador social en Cuba están acotados por las demandas que plantea el desarrollo, las atribuciones admitidas y los límites impuestos a la libertad de expresión individual por las responsabilidades y los ámbitos asignados a los campos; por esa razón, el trabajo profesional reviste complejidades

y requiere la búsqueda de matices expresivos adecuados para que una visión crítica, expresada desde una posición de compromiso, no se transforme en detonador que atente contra el diálogo razonado al cual se propone contribuir.

En un debate de la revista *Temas*, Rolando González Patricio señalaba:

Desde Cuba se ha podido estudiar cualquier rincón del mundo más fácilmente que Cuba misma. La información disponible para el quehacer académico ha sido mucho mayor sobre otros temas que la que se ha solido encontrar para la investigación sobre nuestro país. Creo que ir a fondo en nuestra propia realidad es un servicio mayor en el proyecto socialista cubano, que no pueden dejar de prestar las ciencias sociales.¹⁴

En tal sentido, las interrogantes de carácter ético que gravitan sobre la definición del posicionamiento en el debate académico público acerca de la restructuración azucarera y su impacto en los trabajadores vinculados al sector podrían resumirse en varias interrogantes:

- ¿Dónde radica el límite entre lo que se considera un tema apto para ser investigado desde la cultura y lo que la capacidad de observación detecta como necesitado de análisis, más allá de la cultura artística y literaria?
- ¿Cuáles son las atribuciones concedidas a los científicos de la cultura para abordar los más complejos procesos de transformación sociocultural?
- ¿Cómo estar seguros de que una experiencia empírica personal registra suficiente validez generacional y justifica tomarla como base para fundamentar la investigación en este campo desacostumbrado?
- ¿Cuál es el lenguaje más apropiado para referir esta experiencia, de modo tal que no se confunda con el uso indebido del espacio de una publicación académica para exhibir opiniones personales?

En el ejemplo particular que nos ocupa, el compromiso social conscientemente asumido y el ajuste a la escala de la dimensión familiar como nivel de observación para comprender la problemática azucarera explican la discrepancia entre ciertos puntos de vista y una obediencia civil mal entendida, si hubiese aceptado como único válido el discurso de la prensa nacional y renunciado a expresar, en términos respetuosos, un cuestionamiento avalado por la experiencia divergente de actores invisibilizados en el discurso homologador que llega al espacio público a través de la prensa.

En la medida en que una investigación basada en relatos de vida requiere de la cooperación consciente de los sujetos elegidos para ser entrevistados, cuyo juicio

se asume como criterio de autoridad, dado que es su experiencia la que se solicita por parte del investigador, me apoyo en sus valoraciones, pero he adoptado estrategias de enmascaramiento de su identidad para no traicionar la confianza depositada en mí durante el transcurso de esos actos que son las entrevistas, donde va implícito un nivel de comunicación, propiciador del acceso al mundo de lo privado y de lo íntimo.

Seguidamente expongo cómo, sin sacrificar el diálogo con las partes implicadas, se ha ido elaborando un modo de conectar realidades que parecían desarticuladas al comenzar la investigación. Para ello he utilizado el sistema en tres niveles propuesto por Galindo Cáceres, basado en las dimensiones social, cultural y ecológica, el cual explica la necesidad de conocer en profundidad los problemas de la estructura económica y social del mundo azucarero para alcanzar el registro de la dimensión cultural y ensayar una interpretación. Como se trata de un proceso reciente en el ámbito de las investigaciones culturales, antes haré un resumen de la problemática universal del azúcar.

El antropólogo norteamericano Sydney Mintz estudió los aportes de la economía azucarera al surgimiento y desarrollo del capitalismo mundial y se refirió al valor bursátil que este producto reviste en tanto bien de consumo sujeto a las fluctuaciones del mercado.¹⁵

El cierre de centrales está asociado a las leyes de la oferta y la demanda y suele estar motivado por las necesidades que impone la concentración de capitales en la industria para ajustarse a las condiciones del mercado. Manuel Moreno Friginals indicó:

El crecimiento azucarero cubano, además de estar asentado en las excepcionales condiciones productivas de la Isla, pudo ser posible gracias a una coyuntura internacional altamente favorable. Desde el siglo xvii el azúcar pasó a ser el primer producto básico mundial: es decir, la mercancía que ocupaba el primer lugar en importancia sobre la base del valor total de las transacciones del comercio internacional.¹⁶

La crisis azucarera tucumana,¹⁷ la desaparición del mayor de los centrales de Puerto Rico,¹⁸ la crisis de los pequeños productores o el problema de la tierra en Barbados,¹⁹ son ejemplos de procesos ocurridos durante el siglo xx, cuando los reajustes periódicos del mercado obligaron a esos países a reestructurar la propiedad sobre la tierra y cerrar industrias para adaptarse a los ritmos marcados por la concentración de capitales.²⁰

En el caso cubano, el cierre de 70 de los 152 centrales existentes en 2002, constituye solo la más reciente etapa de los procesos de reajuste por las que ha transitado la economía azucarera, iniciados al desaparecer el bloque socialista. De acuerdo con el criterio de los especialistas, era un cierre esperado y postergado desde que, en los

años 60, Cuba dejó de ser el principal proveedor de azúcar para el mercado norteamericano, y firmó un acuerdo de venta a precios favorecidos con la antigua URSS. Lo que distingue al proceso cubano de otros es la prolijidad de los programas sociales, concebidos simultáneamente con los cambios para atenuar las consecuencias negativas para la fuerza de trabajo que quedó desvinculada del sector.

El economista Armando Nova analiza las fluctuaciones cubanas en los últimos cincuenta años, propone un diagnóstico de su estado actual y formula un pronóstico de lo que podría ocurrir en el futuro.²¹ De acuerdo con los datos que ofrece, la cifra de máxima producción entre 1960 y 2000 fue de poco más de ocho millones de toneladas en 1970, cuando había 152 centrales moliendo, y el año de más baja producción fue 1995, con tres millones producidos por 139 centrales. Durante esos años fueron desactivadas doce fábricas en seis provincias, con una capacidad de molida entre 80 000 y 230 000 arrobas de caña en 24 horas. Y solo en la década de los 80 fueron construidas ocho nuevas en siete provincias, todas con una capacidad superior a 600 000 arrobas. En los casos de Pinar del Río, Matanzas y Villa Clara, se cerraron centrales obsoletos y posteriormente se fundaron otros más modernos.

Nova señala que ya desde los años previos a la desaparición del campo socialista se estaba transitando hacia una nueva etapa en la concentración de capitales, aunque el resultado no se correspondió con un aumento de la producción a los niveles esperados debido a la crisis económica sobrevenida en los años siguientes. También llama la atención sobre el hecho de que en la zafra 1990-1991 todavía las exportaciones cubanas constituían 21% del azúcar que se vendió en el mercado internacional, pero reconoce cómo la década de los 90 fue difícil, por estar dominada por la escasez de combustible y de piezas de repuesto para atender a las necesidades de una agricultura cañera en gran medida mecanizada, y dependiente casi por completo de las importaciones del campo socialista.

Además, apunta cómo, a consecuencia de esto, 46 de los centrales existentes no molieron en las zafras de 1998 a 2002, y cómo en septiembre de ese último año, cuando se inició la desactivación de los de peores rendimientos, solo la mitad de ellos había molido en la última zafra. La reestructuración anunciada por el ministro Ulises Rosales del Toro, en abril del 2002, que implicó el cierre de 70 centrales y la conservación de 71 que producirían azúcar y otros catorce, mieles para el ganado, pareció un golpe de impacto repentino cuando en realidad se trataba del último paso de una transformación que ya venía en marcha.

Rosales del Toro declaró al periódico *Granma*: «La decisión de la Revolución fue cuidadosa y esperó todo

Es de rigor una iniciación al conocimiento de las condiciones y particularidades de la vida social y cultural en Cuba para un correcto dimensionamiento de los problemas mediante el ejercicio de la capacidad de comparar.

lo que se podía, pero era una realidad objetiva por encima de consideraciones políticas. La economía del país no soportaba un sector tan grande cuya producción en el mercado mundial se compraba a precios muy deprimidos». ²² Esa decisión vino acompañada de un conjunto de medidas para proteger a los trabajadores, concebidas de acuerdo con tres objetivos principales:

- Elevar la competitividad y eficiencia de la agroindustria azucarera.
- Reorientar las tierras para producir más alimentos mediante la diversificación agrícola e industrial.
- Desarrollar una agricultura sostenible basada en los conocimientos y las competencias del capital humano disponible.

Pero una cosa era la intención política a escala nacional y en perspectiva de desarrollo futuro, a mediano y largo plazo, y otra la percepción de los sujetos implicados en el cambio. A principios de 2002 —afirma Nova— «todos coincidían en la necesidad del redimensionamiento, pero no en cómo hacerlo. Todo parece indicar que el cómo hasta ahora no ha sido el más acertado». ²³ El testimonio de una mujer nacida en 1949 coloca el acento en cómo y por qué, a pesar de las preocupaciones sociales que lo motivan, el diseño de los programas sociales agrupados bajo el nombre de Tarea Álvaro Reynoso (TAR) adoleció de adecuación a los problemas concretos del lugar donde se realizó la investigación:

Yo tengo mi visión, como trabajadora azucarera, que no es la misma que puede tener el personal que está allá arriba dirigiendo la cosa, porque ellos ven la cosa desde el punto de vista a lo mejor de la nación, y yo desde mi batey, que es lo que me interesa.

Estas son industrias que siempre el Estado subvencionaba las pérdidas, quiere decir que [las] subsidiaba, siempre daba para poder llegar —porque siempre tenían pérdidas— sí [el Estado daba] para las inversiones, que siempre se hacían con presupuesto del Estado, vaya, se programa[ba]n las inversiones. Nosotros nunca fuimos rentables, pero eso ya era una política del gobierno.

[Pero decir ahora] que el Estado no puede cargar con todos los gastos que tienen estos centrales... yo no sé bien... porque tampoco estoy documentada para poderte decir sólidamente cómo es, porque yo no trabajaba con eso, ¿tú me entiendes? [Cuando] nos llegó la noticia de que iban a apagar una cantidad de centrales, no pensamos que fuera el de nosotros. Ya te digo, estábamos moliendo, estábamos bien. Eso fue en 2002.

Al terminar la zafra hicieron una reunión para explicarles a los trabajadores cómo iba a ser, el motivo por el cual se iba a parar el central. Sería en mayo, coincidió con la fiesta de fin de zafra. No se reparó ni nada. Cuando se terminó la zafra, ese mismo día hicieron la fiesta y dieron la reunión en el círculo recreativo de los obreros para dar a conocer el motivo por el cual se iba a desarmar el central. ¡Imagínate! [Nadie] tenía todavía ni una idea de lo que iba a ser la cosa. Primeramente todo el mundo pensó que era parar el central y ya después vieron que no, que era desmantelarlo y [que] ahí no quedara nada. Ellos [la comisión] fueron por todos los centrales haciendo asambleas, una comisión del Ministerio fue planteando cómo iba a ser, que nadie se iba a quedar desempleado, que unos iban a ir para la escuela, otros para una empresa que se iba a crear para desarmar los centrales... ¡imagínate! En este central no hubo tantos problemas, pero hubo centrales en que eso fue terrible, no lo [s] dejaron ni hablar. Entonces ellos prometieron que no, que los bateyes de los centrales iban a ser atendidos, que siempre se iba a quedar una brigada para limpiar el batey, y que se les iba a dar apoyo como antes a los bateyes. Eso en parte [se hizo]. Se creó la brigada de limpiar bateyes, la gente de comunales, limpieza de calles, recortar las matas..., pero el día que se vayan... La gente opinaba, pero le daban las explicaciones que ellos traían. Eso vino así y nadie podía opinar. Era una cosa oficial. La gente ahí preguntando y el hombre diciendo. Una familia en un batey depende del central, porque está acostumbrada de toda la vida a depender del central, la vida completa, social y material, porque si se le rompió el fogón, iban allí y arreglaban el fogón, si tenían que soldar una cosa, iban allí y la soldaban de favor, sin pagar nada, iban y lo hacían, se lo pedían al compañero, mira, hazme esto o hazme aquello.

Toda una vida un central viene siendo como una cosa particular, no como ustedes, que viven en una ciudad o en un pueblo, la vida siempre en un central gira en dependencia del central, de la fábrica como tal, en todos los sentidos que sea, monetariamente, material, si te hacía falta un servicio, una carpintería... la carpintería todavía está ahí, a lo mejor va a seguir ahí, pero el temor de todo el mundo es ese, que el día que esto lo desmantelen, no quede nada. Entonces, nadie va a tener... no sé... es como [estar] desamparados. La gente se queda como desamparada, siente que perdió algo grande. La verdad, la economía del país no podía sufragar eso, pero es que no lo entiendo tampoco, porque hasta ahora el país se mantenía con el azúcar. ²⁴

Intuitivamente la entrevistada da por sentada la existencia de tres grupos de actores: los representantes del Ministerio, la investigadora y los trabajadores. Desde su experiencia de más de veinticinco años en el sector, valoró negativamente la decisión de fusionar los

procesos agrícola e industrial del azúcar, para lo cual, a su juicio, se requería niveles de dirección especializados y diferenciados. La crítica a una política azucarera responsable de la acumulación de ineficiencias anteriores a la crisis de 2002 está implícita.

El segundo aspecto de interés es la falta de diálogo entre los representantes del Ministerio y los trabajadores. Cuando ella dice: «daban las explicaciones que ellos traían. Eso vino así y nadie podía opinar», está haciéndose eco de la repercusión de las decisiones en los actores. A mi juicio, si la informante asume una postura de representante de la comunidad, en tanto expresa desconfianza en la verosimilitud del paquete de medidas expuesto en la reunión, no estaba cuestionando la sinceridad de la proyección política, sino la capacidad real del Ministerio de la Industria Azucarera (MINAZ) para cumplir en la práctica y a corto plazo con todo lo que prometía.

El sentimiento de desamparo que surge en su discurso, gracias al diálogo horizontal con la investigadora, quien no es vista como representante del Ministerio, sino como alguien conocedor e interesado en el destino de la comunidad, habla a favor de la necesidad de que exista ese diálogo para captar el verdadero sentir de los actores sociales implicados en transformaciones profundas. No estuve presente en la reunión mencionada, pero por lo que afirma la entrevistada, la comunidad esperaba que los representantes del Ministerio abandonaran la dimensión macrosocial y esbozaran propuestas de solución más ajustadas a los problemas del mundo fenoménico concreto de su central, algo imposible si se atiende al momento en que se produce aquella reunión, justamente cuando la responsabilidad de buscar soluciones concretas se estaba depositando en manos de las autoridades locales.

El punto de vista de Nova se concentra en la falta de diálogo de las autoridades con los especialistas. Considera que fue un error de estrategia grave que una parte tan importante de la industria azucarera cubana haya desaparecido, pues provocó un aumento de la vulnerabilidad de la economía nacional. Afirma que el momento era «económicamente crítico y ha afectado el estado moral de sus trabajadores»,²⁵ y advierte que, en lo sucesivo, será importante tener en cuenta los criterios de los especialistas para definir el rumbo de los cambios en el sector. Lo que no menciona —y sí ha sido anotado por otros expertos—, es la necesidad de incorporar a los representantes del tercer grupo de actores —los trabajadores azucareros y los pobladores del central—, a los debates donde se produce la confrontación entre los que trazan las políticas y los expertos.

No es menos cierto que los criterios de ese tercer grupo fueron cuidadosamente recogidos en entrevistas realizadas por las comisiones del Ministerio y seguramente se tuvieron en cuenta para diseñar los programas preventivos de la TAR, elaborados antes de anunciar la puesta en marcha de la restructuración. En una información a la prensa, el Ministro informó que se habían realizado múltiples asambleas de trabajadores y recogido sus inquietudes. Pero esas fuentes no han sido puestas a disposición de los investigadores ni de los actores, por lo que los argumentos que deberían apoyarse en ellas no pueden ser elaborados todavía.

Es precisamente lo que Nova llama «el estado moral de los trabajadores» el que se conecta mejor con el dilema ético expuesto en este trabajo. En el central referido por la entrevistada, la decisión de cierre y desmantelamiento total generó desconcierto y preocupaciones, a pesar de las medidas proteccionistas anunciadas. Tenemos, pues, ante el conflicto, tres posiciones claramente identificadas que parten de lugares diferentes de la estructura social: la ministerial, la científica y la de los trabajadores.

El punto de vista ministerial, suscrito por la mayoría de los periodistas de *Granma*, sirvió de canal para transmitir la información sobre las decisiones que pusieron en marcha la transformación. Los que suscribieron esa posición dedicaron un mínimo espacio a problematizar, con visión microsocia, las consecuencias culturales para los trabajadores y las poblaciones de los centrales, y enfatizaron las ventajas del paquete de medidas que compone la TAR, sobre todo el respeto a los ingresos monetarios y la apertura de escuelas en los bateyes, creadas por el MINAZ, para ocupar a los trabajadores y garantizar su recalificación.

Científicos competentes para generar un diálogo que considerara las asimetrías sociales interactuaron con representantes ministeriales en espacios académicos, polemizaron con los sustentadores de una posición triunfalista, con sentido de conservación llamaron la atención sobre las imprevisibles consecuencias sociales y culturales de las medidas adoptadas, sobre la importancia de preservar el patrimonio edificado, y algunos se refirieron a la importancia de no perder la memoria de la tradición asociada a la agricultura cañera. En uno de esos encuentros, el sociólogo Juan Valdés Paz comentó: «lo que me preocupa es que como resultado de la transformación se creen vacíos sociales», porque «es mucho más fácil preservar la dimensión tangible de la cultura azucarera industrial, que la de la agraria». Terminó diciendo: «casi no oigo ejemplos de cómo vamos a preservar, a guardar, los testimonios de la cultura agraria».²⁶

Una propuesta teórica de la historiografía contemporánea propone el concepto de «crear documentos» para generar fuentes que permitan obtener datos a fin de conocer puntos de vista invisibilizados.²⁷ Philippe Joutard pregunta: «¿Cómo vencer el silencio de los grupos sociales que hasta fecha muy reciente no sabían escribir y cuya cultura era esencialmente oral, si no se hacía por medio del interrogatorio oral?».²⁸ Aunque no se aplica directamente, pues el autor se refiere a grupos sociales ágrafos, los problemas generados por la invisibilidad de un grupo de actores en el espacio social, debido a la no consideración de sus puntos de vista en el discurso de gran formato, son muy similares. Al respecto Paul Thompson agrega: «Con frecuencia es la evidencia oral la única que permite el adecuado estudio de una actividad económica transitoria que puede ser una parte vital de un contexto más amplio».²⁹ La idea de dar voz al interlocutor ausente rige la estrategia de la investigación comentada, que se propone reconstruir la historia de una familia de larga trayectoria azucarera y los cambios culturales determinados por las diversas coyunturas, entre ellas la que se inicia en 2002.

Quiero resaltar la necesidad de considerar la discrepancia entre discursos representativos de diferentes estratos de la sociedad cuando se analizan problemas socioculturales complejos, y demostrar cómo, en este caso, la divergencia entre lo leído, lo observado y lo dialogado respecto al impacto demoledor de la ausencia del central, sus artefactos y ritmos, y la forma en que se produjo el desmantelamiento, han aportado los argumentos para proponer una interpretación de la concepción del mundo familiar estudiado.

Contrapuntos de lo macro y lo micro

En una de mis estancias en la comunidad, bajo una tormenta eléctrica imponente, reforzada por la falta de bajantes de cobre, imprescindibles para los pararrayos de la torre patrimonial remanente, vi caer un cable activo a tierra frente a una casa habitada y transcurrir más de veinticuatro horas hasta que los representantes del MINAZ y de la Empresa Eléctrica se pusieron de acuerdo acerca de a cuál de las dos instituciones correspondía atender la rotura, a pesar de la promesa de mantener en buenas condiciones el servicio de electricidad. Con el cierre y desmantelamiento del central, desaparecieron la programación de viajes de la línea de transporte público que entraba al batey varias veces en el día, y las tiendas de productos industriales. Ahora, para adquirir cualquier bien de indispensable consumo alimentario, aseo o incluso

medicamentos hay que trasladarse a la población más cercana, para lo cual el transporte disponible son unos coches particulares de tracción animal, de precio mucho más elevado y más lentos que el automotor. Algunos han criticado el modelo de empresas cooperativas en que se convirtieron desde 1993 muchas empresas agropecuarias estatales, y se refieren a factores de tensión:

En el aspecto organizativo las principales tensiones se originan en el carácter híbrido del modelo y en su dependencia del sector estatal como restricciones a la autogestión, en las limitaciones a sus relaciones monetario-mercantiles; en el tamaño medio de las cooperativas, que dificulta la integración de su colectivo, y en la falta de una cultura y una conciencia individual cooperativista de sus miembros, hasta hace muy poco asalariados.³⁰

La asociación cooperativa, sin embargo, ha logrado ir aumentando la producción de alimentos, gracias al fomento de fincas particulares negociadas con el Estado, pero la mayor parte de los productos se le vende a este al por mayor, quien dirige la venta a mercados centralizados próximos a las cabeceras municipales y a centros turísticos. Esta forma de distribución eleva el precio de venta para los consumidores locales, enrarece el proceso de adquisición y favorece la comercialización encubierta por parte de ciertos productores e intermediarios.

Relacionado con el tema de las cooperativas está el empobrecimiento de las tierras de caña³¹ y la apropiación ilegal de parcelas sin que medie contrato de usufructo. La construcción de chalets de tipo urbano en antiguos terrenos cañeros es una realidad que comienza a aparecer y recuerda el conflicto de los barbadenses con la tierra: productores de caña que han visto fraccionarse su escasísimo territorio insular y pasar a manos de propietarios privados.³²

La masa ganadera y la producción de leche han comenzado a crecer, aunque no puede decirse que todo esté solucionado. La carne y la leche son productos de alto precio de venta y, a pesar del riesgo que implica vender y comprar, sobre todo por las medidas severas que se aplican a los infractores de la legislación, las actividades ilegítimas no han desaparecido. Por otra parte, la visión insuficientemente sistémica de las decisiones referidas a la compra y venta de leche, ha provocado consecuencias inesperadas para la industria láctea, sustentada en subproductos de la leche para garantizar otras producciones, de modo que al solucionar el problema de los consumidores residentes en lugares donde se ha aplicado la fórmula de venta directa del productor al consumidor, se creó otro con trabajadores de la industria láctea, que han quedado temporalmente sin empleo.³³

En cuanto a los ingresos de los trabajadores desmovilizados, se aprobaron y aplicaron medidas para

garantizar que las familias no se vieran afectadas, gracias a compensaciones salariales provisionales hasta tanto se vayan creando nuevos puestos de trabajo para situarlos. Los ingresos de los productores que pasaron de sembrar caña a sembrar alimentos se han elevado sustancialmente, aunque el Estado puede demorar meses en pagar³⁴ y, por lo tanto, los productores en disfrutar las ventajas materiales de su trabajo.³⁵ Sin embargo, no se atiende a cómo la transformación de trabajador azucarero en campesino puede lacerar la autoimagen de los productores cañeros.

Podría estar circulando dinero no asociado directamente a la producción sino a maniobras de intermediación que violan y burlan la legalidad. Trabajadores y trabajadoras que aceptaron acogerse a una jubilación prematura para no verse obligados a una reorientación laboral no deseada, dado el poco atractivo de las opciones del mercado laboral en el territorio, han visto reducirse sus ingresos al límite de la insuficiencia, en una etapa en que el costo de la vida aumenta sin que dispongan de alternativas seguras para garantizar ingresos complementarios. Ello ha motivado la aparición de pequeños negocios para la venta de alimentos caseros que suplen la ausencia de ciertos servicios en el territorio. En un contexto generalizado de salarios y pensiones insuficientes para cubrir los gastos, los ingresos adicionales que pueda aportar cada persona revisten un carácter imprescindible.

La recalificación del personal desmovilizado es el último aspecto que deseo comentar. Es estrictamente cierto que, al cerrarse los centrales en 2002, todos los pobladores de los bateyes azucareros tuvieron la oportunidad de adquirir otras competencias laborales matriculando en las nuevas escuelas que aprovechaban el potencial profesional existente en las comunidades, si su deseo era elevar el nivel de instrucción. Pero estas se crearon como opciones temporales ante el desempleo súbito de gran cantidad de trabajadores, sin que hubiese tiempo para pensar en alternativas de empleo a ese nivel. Los que optaron por la variante «estudio como trabajo» vivieron casi como una continuidad el cierre del central y la apertura de la escuela, en donde estaban comprometidos a mantenerse ocupados durante las ocho horas de trabajo hasta que, paulatinamente, se pusieran en marcha otras opciones laborales.

Esto, sin embargo, funcionó como un aplazamiento de la búsqueda de soluciones concretas al nivel de los territorios, y si bien durante 2004 ya habían transcurrido los dos años en los que estaba previsto debían generarse localmente puestos de trabajo para todos, y empezaban a hacerse algunas propuestas de plazas de obreros agrícolas, bajo advertencia de cerrar la escuela, en 2006 la situación apenas había cambiado y el MINAZ y sus

dependencias territoriales continuaban cargando con la responsabilidad de proveer el dinero necesario para los salarios de todos los asistentes a una escuela que, más que real y funcional, era formal para muchos de ellos.

Las situaciones descritas cuentan ya con una historia propia. El estado de ánimo de algunos sujetos que entrevisté en 2004 había cambiado en 2006. Quizás el hecho mismo de compartir la voluntad de mantener la independencia política del país explica la gran capacidad de autorrecuperación, o por lo menos de adaptación, de la sociedad cubana a las dificultades. En los dos años transcurridos entre mis dos estancias más largas, los vecinos del central habían ido solucionando los problemas más acuciantes, a falta de disponer de las respuestas prometidas desde el nivel nacional. La ausencia de horizontes me pareció algo menos apremiante, aunque esto no significa que el peligro que se cierne sobre el patrimonio cultural de los azucareros entrevistados haya sido conjurado, ni impide que la falta de perspectivas figure todavía en el discurso de los pobladores.

Una mujer de mediana edad, profesional, actualmente trabajadora de un polo turístico, se refirió en términos más que claros a sus temores de no poder proporcionar a su hija de quince años las mismas posibilidades que, en los 90, tuvo el hijo mayor de llegar a la Universidad y convertirse en un profesional, debido a que las condiciones subjetivas han cambiado. Explica que ahora la vida es más cara, y los recursos necesarios para desplazarse diariamente a una distancia de 40 kilómetros le parecen obstáculos imposibles de rebasar. Vi resurgir en sus palabras el miedo atávico a la subordinación de las mujeres, que apunta a la reproducción de la tradicional asimetría de género y a una movilidad social descendente:

Y por esas condiciones aquí, en este lugar donde nosotros vivimos, los proyectos son muy escasos, porque aquí en este lugar no se atiende como se debe atender a la juventud; no porque vivamos en el campo podemos tener menos que otros, se debe crear un lugar... una cosa que sea factible a que ella, de noche, pueda por ejemplo estudiar un idioma, si no es aquí [...] en un lugar cercano a estas localidades, que uno pueda tener en la vida [...] abrirse camino ¿no?, que una persona que pueda ser en la vida a lo mejor algo grande, por vivir en un lugar como este, se estanca, se frena hasta su propio desarrollo.³⁶

La visión del otro

Dada la tradición de cultura sumergida atesorada por la sociedad cubana en su larga historia de plantación azucarera, donde propietarios blancos —extranjeros y criollos—, explotaban la fuerza de trabajo de una gran

masa de esclavos importados y nativos utilizando como intermediarios a otros criollos pobres, el significado de los hechos cotidianos y las palabras que circulan de boca en boca resultan bastante diferentes a los que un observador no entrenado o formado en otra tradición cultural puede descubrir cuando se acerca al mundo fenoménico cubano. Es necesario compartir la vida de los actores, de los trabajadores y cuadros locales, observar y preguntar, comprometerse con los problemas concretos, asumirlos como propios, para estar en condiciones de proponer una interpretación matizada de los hechos culturales y su transformación en la vida cotidiana.

Es de rigor una iniciación al conocimiento de las condiciones y particularidades de la vida social y cultural en Cuba para un correcto dimensionamiento de los problemas mediante el ejercicio de la capacidad de comparar. Un especialista extranjero puede contar con relativas ventajas para llevar a cabo una investigación de terreno, considerando su mayor acceso a cobertura institucional y al financiamiento para permanecer por largos meses, y aun años, en una comunidad, ventajas que aceleran y multiplican los procesos de captación, el procesamiento de datos y la publicación de resultados. Sin embargo, las restricciones nacionales para otorgar permisos de investigación pueden hacerle enfrentar notables obstáculos, que se agregan a los suyos propios, lingüísticos de una parte, y de capacidad para ponderar el valor cultural de los hechos observados respecto a los modelos propios de su cultura de origen, por la otra.

En la búsqueda de especificidad y en los ensayos de formulación para llegar a comprender y sintetizar los procesos cubanos, la falta de compromiso con los sujetos más allá del mínimo impuesto por la elemental ética del oficio, podría llegar a ser un acelerador de fáciles conclusiones, y un trampolín para el debate académico internacional, que puede convertir a un relativo desconocedor de los procesos analizados en una especie de gurú universal, sin que haya satisfecho los requerimientos científicos para demostrar que sus resultados se apoyan en datos confiables, y conjurar de este modo el peligro de difundir conclusiones erráticas. El insuficiente conocimiento de procesos endógenos, debido a la distancia cultural entre sujetos investigadores y sujeto(s) investigado(s), puede resultar una lamentable fuente de distorsiones, ampliamente reproducidas desde una «perspectiva eurocéntrica de conocimiento [que] opera como un espejo que distorsiona lo que refleja», según la expresión de Aníbal Quijano.³⁷

La práctica científica de la antropología durante el siglo xx y los inicios del actual, brinda ejemplos notables y hasta absurdos, si no fuesen dramáticos y de consecuencias devastadoras para los actores, del desacuerdo entre las imágenes de una comunidad

ofrecidas por observadores externos, y los errores que se pueden cometer en su interpretación cuando no se cuenta con datos suficientes o no se ha trabajado en profundidad. De nuevo me vienen a la memoria las prevenciones de Nigel Barley contra la absolutización del trabajo de campo como fuente de conocimiento. Hay que considerar el punto de vista, el lugar desde donde se mira, y las características propias de quien observa. Por eso no debe sorprender que en el caso de la restructuración azucarera hayan aparecido discrepancias entre la visión de los funcionarios, la de los expertos y la de los actores. Se trata de culturas diferentes, que coexisten dentro del sistema de la cultura cubana, y para interpretarlas en sus relaciones mutuas no basta con reconocer su existencia. Es preciso capacitarse y ejercitarse para captar sus diferencias, comprender su sentido y establecer un diálogo efectivo. No está de más recordar que las competencias y las habilidades técnicas de los tres tipos de actores constituyen la base de esas diferencias.

A mi juicio, no hay intención aviesa en unos casos ni en otros. Pienso que la ausencia de un diálogo transparente entre las tres partes y los prejuicios mutuos, característicos de la sociedad cubana, aún en proceso de construcción de su identidad, son los responsables de esas discrepancias, que podrían llegar a lastrar, en un futuro inmediato, la calidad de las relaciones sociales dentro de la Isla.

Valga como último argumento el comentario escuchado hace varios años a un funcionario de la embajada cubana en Buenos Aires, después de haber asistido, en una sala céntrica de la ciudad, a la presentación del polémico filme de Fernando Pérez, *Suite Habana*: «Ustedes los de la ultraizquierda nos hacen a nosotros, los diplomáticos, más difícil el trabajo, al decir cosas que nosotros tenemos dificultades para explicar». Y repitiendo las palabras *ustedes* y *nosotros* marcaba la diferencia. El ejemplo muestra cómo la sabrosa polémica que confronta puntos de vista divergentes, pero complementarios, tan necesaria y enriquecedora para el progreso social, puede ser mutilada, silenciada, por una ingenua pretensión de alimentar la aséptica adoración de un proyecto social tan humano como otros y por lo tanto susceptible de errores, reconocidos, es cierto, pero muchas veces después de estar ya sufriendo las consecuencias adversas por no haber tomado las medidas preventivas a tiempo.

La pobreza material en que se desenvuelve hoy la vida cotidiana de los pobladores del central no guarda relación directa con la proliferación de chalets particulares, símbolos aislados de una sed de ostentar que muy poco o nada representa al productor y al ciudadano común. Pero lo tupido del bosque, la falta de flexibilidad para situarse en la perspectiva del otro,

la lentitud paquidérmica de los cambios, los errores repetidos, conllevan costosos riesgos económicos y expresiones de descontento, ilegalidades, enriquecimiento ilícito, alcoholismo, pérdida de valores, inestabilidad familiar, movilidad descendente de las mujeres, y sacrificios de memoria histórica; problemas que debemos conjurar para intentar frenar afanes escapistas de ciudadanos aburridos de un discurso político abrumador y para desarticular cordialmente la imagen idílica con que algunos construyen proyectos de futuro en otras latitudes.

Corresponde a los científicos sociales ayudar a pensar sobre la clase de sociedad que deseamos construir para el futuro. ¿Una sociedad amnésica, desconocedora del pasado, representada por una élite ignorante, ostentosa, ilegalmente enriquecida? ¿O una sociedad productiva, dueña de su memoria, consciente de su identidad, donde cada cual ocupe el justo lugar y goce de los beneficios que le corresponden por su trabajo, donde todas las generaciones aporten lo mejor para construir una economía sólida y duradera y donde a cada cual se le respete el derecho de practicar las opciones de vida de su preferencia sin el sacrificio de la legalidad? Esta última, que a todas luces sería la elegible, puede parecer una utopía, pero seguramente es compartida por economistas, politólogos, demógrafos, raperos, periodistas, comediantes, matemáticos, culturólogos, bodegueros, y por todos aquellos que asisten a los espacios públicos para comentar y en ocasiones debatir sobre lo mal hecho, y pensar en posibles soluciones, sin que muchas veces reciban la retroalimentación necesaria en el corto plazo de una vida humana.

El parqueo de locomotoras escoradas que adorna un parque de La Habana Vieja, fantasmas de lo que fuera la producción azucarera en la región occidental de la Isla, está en camino de convertirse en vertedero de chatarra, y esa perspectiva, a mi juicio, no es algo adecuado para contar con el silencio de los preocupados por el patrimonio azucarero. Aplico lo que expresa Galindo Cáceres: «No importa tanto lo que sabemos de los otros y lo que podemos hacer sobre los demás con ese saber, lo importante es el acuerdo de diálogo y concertación con los demás sobre lo que a todos compete, poniendo en juego todo el saber posible para un mejor diálogo y una mayor decisión concertada y ejecutada».³⁸

Notas

1. Oscar F. Contreras, «Las Ciencias sociales y la vida real», *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, n. 4, Colima, 1996, pp. 137-49.

2. *Ibidem*, 139.

3. Norbert Elias, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Fondo de Cultura Económica, México DF, 1987, p. 52.

4. Juan José Castillo, «Historia social y sociología, *meme combat*», en Santiago Castillo, coord., *Historia social y Ciencias sociales*, Editorial Milenio, Lleida, 2001, p. 113.

5. El antropólogo Nigel Barley advertía ya en 1983: «El proceso de recogida de datos resulta en sí mismo poco atractivo. No son precisamente datos lo que le falta a la antropología sino más bien algo inteligente que hacer con ellos», en *El antropólogo inocente. Notas desde una choza de barro*, Anagrama, Barcelona, 1989, p. 20.

6. Luis J. Galindo Cáceres, «Historia de vida. Guía técnica y reflexiva», en *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, v. 6, n. 18, Colima, 1994, pp. 203-4.

7. Pierre Bourdieu, *Los usos sociales de la ciencia*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 2000, p. 77.

8. Luis J. Galindo Cáceres integra el concepto de dimensión cultural en un sistema concebido en tres niveles de información sobre lo social que corresponden a la sociedad, la cultura y la ecología. De acuerdo con esta propuesta la primera es directamente observable, susceptible de ser descrita, la segunda es «lo que se encuentra más allá de lo evidente, la estructura que configura [...] la diversidad y heterogeneidad de lo social», y la dimensión ecológica permite relacionar las dos anteriores con lo que no es ni social ni cultural, pero marca «los ámbitos generales de configuración de la escena humana», es «el centro organizador de lo diverso», la dimensión que permite «configurar redes de relación de relaciones». Véase Jesús Galindo Cáceres, «La lucha de la luz y la sombra», en Jesús Galindo Cáceres, comp., *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*, CONACULTA, México DF, 1998, pp. 13-4.

9. Varios ensayos literarios recogen la reflexividad del sujeto femenino que escribe y se mira mientras lo hace: *Ella escribía poscrítica*, Margarita Mateo, Letras Cubanas, La Habana, 2005; *Reyita, sencillamente*, Daisy Rubiera, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1997; *La loca de las yagrumas y otras mujeres*, Mavis D. Álvarez, Caminos, Habana, 2003; *Golpeando la memoria. Testimonio de una poeta cubana afrodescendiente*, Daisy Rubiera y Georgina Herrera, Unión, La Habana, 2005.

10. Para Magdalena de Chirico, el retorno de lo biográfico a las Ciencias sociales implica el compromiso personal del sujeto investigador en el trabajo de indagación y reflexión sobre la realidad; asegura que este retorno se produce paralelamente a la crisis generalizada de las formas tradicionales de producir conocimiento ante la crisis de los grandes paradigmas teóricos propuestos por los modelos científicos que confiaban en la capacidad reproductiva de la dimensión estadística y en la infalibilidad de su capacidad de síntesis para representar la realidad fenoménica. Para esta autora la presencia de la subjetividad reflexiva propicia el hallazgo de nuevos caminos y se convierte en un «impulso cultural generalizado». Véase Magdalena de Chirico, «El retorno de lo biográfico», en Mirta Barbieri et al., *Relatos de vida. El retorno de lo biográfico*, Centro Editor de América Latina, Tucumán, 1992, p. 7.

11. Fernando Martínez Heredia, «Marxismo y cultura nacional», en *En el bomo de los noventa*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005, p. 175.

12. Rafael Hernández, *Mirar a Cuba. Ensayos sobre cultura y sociedad civil*, Letras Cubanas, La Habana, 1999, pp. 133-4.

13. Luis J. Galindo Cáceres, *ob. cit.*, pp. 10-1.

14. «Las ciencias sociales en la cultura cubana contemporánea (Controversia)», *Temas*, n. 9, La Habana, enero-marzo de 1997, p. 72.

15. Sidney Mintz, *Sabor a comida, sabor a libertad*, Ediciones de la Reina Roja, México DF, 2003, pp. 93-4.
16. Manuel Moreno Fraginals, *El ingenio*, t. 1, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978, pp. 21-2.
17. Véase Daniel Campi, «Los ingenios del Norte: un mundo de contrastes», en Fernando Devoto y Marta Madero, *Historia de la vida privada en la Argentina*, t. 2, Editorial Taurus, Buenos Aires, 1999, pp. 189-221.
18. Véase María E. Ramos, «La muerte de un gigante. Historia de la central Guánica y el poblado de Ensenada», *Caribbean Studies*, v. 34, n. 2, San Juan, julio-diciembre de 2006, pp. 239-41.
19. Sobre el tema, véase Ramiro Guerra, «La acción destructiva del latifundio azucarero en las Indias Occidentales inglesas», *Azúcar y población en las Antillas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1976 (1ª edición 1944), pp. 23-44.
20. Para un análisis sintético y actualizado sobre las etapas de concentración de capitales transitadas por la economía azucarera cubana desde la segunda mitad del siglo XIX a la actualidad, véase Oscar Zanetti, «Historia y azúcar», *Catauro*, a. 6, n. 2, La Habana, enero-junio de 2005, pp. 15-25.
21. Armando Nova, «Redimensionamiento y diversificación de la agroindustria azucarera cubana», en Omar Everleny Pérez Villanueva, comp., *Reflexiones sobre economía cubana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006, pp. 108-57.
22. Juan Varela Pérez, «Cuba tiene posibilidades de ampliar, de ser necesario, su producción azucarera» (entrevista al ministro Ulises Rosales del Toro, sobre la marcha de la Tarea Alvaro Reynoso), *Granma*, La Habana, 12 de enero de 2004, p. 3.
23. Armando Nova, ob. cit., p. 144.
24. Entrevista realizada el 6 de abril de 2004.
25. Armando Nova, ob. cit., p. 145.
26. «Seminario de la cultura del azúcar en Cuba» (intervención de Juan Valdés Paz), *Catauro*, a. 6, n. 11, La Habana, 2005, pp. 80-1.
27. La historia oral como «medio para producir conocimiento histórico», como «producción especializada de documentos y fuentes». Véase Lucília Neves, *Historia oral; memoria, tempo, identidades*, Autentica, Belo Horizonte, 2006, p. 16.
28. Philippe Joutard, *Esas voces que nos llegan del pasado*, Fondo de Cultura Económica, México DF, 1999, p. 204.
29. Paul Thompson, *La voz del pasado*, Ediciones Alfonso El Magnánimo, Valencia, 1988, p. 88.
30. Juan Valdés Paz, «Notas sobre el modelo agrario cubano en los noventa», en Niurka Pérez et al., comps., *Participación social y formas organizativas de la agricultura*, Movimiento Cubano por la Paz, La Habana, 2000, p. 25.
31. En un acto celebrado en la provincia de Camagüey, Raúl Castro abordó el gravísimo problema de la salinización de las tierras de caña, un fantasma que acecha, de manera creciente, a grandes extensiones donde se demolió la caña y no se ha sembrado nada. Habló de «los hermosos aromales» que vio a todo lo largo de la carretera. Se refiere a los cientos de kilómetros de la Autopista Nacional que separan a la capital del lugar del acto, que, efectivamente, se ven «adornados» aquí y allá por aromales (vegetación de costa, espinosa, de madera dura y difícil de eliminar con equipos agrícolas tradicionales).
32. *En el castillo de mi piel*, novela del escritor Georges Lamming (Casa de las Américas, La Habana, 1979), se presenta el conflicto con la tierra como uno de los ejes que determinan la estructura social barbadense. Más detalles en Ana Vera, «Diario de una visita a Barbados, isla de sueño y realidad», *Anales del Caribe*, La Habana, 2007, pp. 154-64.
33. En su discurso del 26 de julio de 2007 el presidente —entonces por sustitución— Raúl Castro Ruz hizo referencia a que en diferentes municipios se había empezado a experimentar la venta directa de leche del productor al consumidor local, a través del Estado, como parte de la estrategia para ahorrar combustible. De generalizarse esta práctica, en el futuro se podrá hablar de mayores beneficios sociales en este sentido, aunque se mantiene pendiente la situación creada en la industria láctea. Véase Raúl Castro Ruz, «Trabajar con sentido crítico y creador, sin anquilosamiento ni esquematismos», *Granma*, La Habana, 27 de julio de 2007, pp. 3-6.
34. En un artículo de la prensa diaria se lee: «El Banco ofrece facilidades a las empresas para pagar a los productores mediante fondos rotatorios. Sin embargo, solo 36 entidades de las más de 400 del Ministerio de la Agricultura, han accedido a esta alternativa financiera para pagar en los plazos acordados a los campesinos». Véase Raisa Pagés, «Necesarios cambios en relaciones con el sector cooperativo-campesino», *Granma*, La Habana, 18 de diciembre de 2006, p. 3.
35. También a este tema aludió el presidente Raúl Castro, quien aseguró en su discurso que ya se habían resuelto los problemas generados por la demora en los pagos a los productores. Al margen de la claridad en su exposición, es notable la fina ironía con que se refirió a las supuestas soluciones definitivas y rápidas a problemas que él sabe complejos y de largo alcance, lo cual evidencia un inusual sentido de la distancia entre el deseo y la realidad en materia de política, que puede constituir un cambio importante de cara al futuro inmediato.
36. Entrevistada nacida en 1960. La entrevista se realizó el 24 de julio de 2006.
37. Aníbal Quijano, «Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina», en Edgardo Lander, comp., *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, CLACSO, Buenos Aires, 2003, p. 225.
38. Luis J. Galindo Cáceres, ob. cit., p. 16.